Tocqueville y Argelia, 1828-1849. Comentario a María José Villaverde Rico, Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo*

(2022) Guillermo Escolar
Madrid, 404 pp.

Jean-Louis Benoît
L'Université de Bretagne Sud
jean-louis.benoit@wanadoo.fr

Cita recomendada:

Benoît, J.-L. (2023). Tocqueville y Argelia, 1828-1849. Comentario a María José Villaverde Rico, Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo. *Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad*, 25, pp. 398-414

DOI: https://doi.org/10.20318/eunomia.2023.8010

Recibido / received: 04/08/2023
Aceptado / accepted: 26/08/2023

María José Villaverde ha realizado un estudio importante, bien documentado y preciso, de gran parte de la obra de Tocqueville, en particular de sus escritos y discursos sobre Argelia que desde los años sesenta han suscitado numerosas y severas críticas tanto en Estados Unidos como en Francia.

Es en este enfoque en el que me centraré aquí y presentaré un análisis personal sobre la cuestión de Tocqueville y Argelia, una cuestión que ocupará a los investigadores y a los tocquevilleanos durante años. El problema con Tocqueville y Argelia es que, a menudo, los comentarios se han formulado a expensas del texto de Tocqueville que, con demasiada frecuencia, es ignorado, distorsionado o traicionado. Por esta razón, le daré aquí un lugar muy preferente. Es ante todo el texto el que tiene autoridad. En cuanto a las críticas americanas, no añadiré nada al notable trabajo de María José Villaverde; sólo haré un comentario marginal sobre el carácter reactivo de los americanos, que tan importante papel desempeña aquí.

Tocqueville señalaba en su primera *Democracia*:

El americano, al tomar parte en todo lo que se hace en su país, se cree interesado en defender todo lo que se le critica, porque no es solamente su país al que entonces se ataca,

* Traducción de José María Sauca Cano.

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

es a él mismo. Por eso ve que su orgullo nacional recurre a todos los artificios y desciende a todas las puerilidades de la vanidad individualY añade:

> No hay nada más incómodo en la vida diaria que ese patriotismo irritable de los americanos. El extranjero consentiría con agrado en alabar muchas cosas del país, pero quisieras que se le permitiese criticar algo, y eso es lo que se le impide absolutamente (…). América es un país de libertad donde, para no herir a nadie, el extranjero no debe hablar libremente de (…) nada, en fin, de lo que encuentra por allí...

Aunque *La Democracia en América* haya podido considerarse como un elogio del país contiene, sin embargo –sobre todo en el último capítulo relativo al «probable porvenir de las tres razas que habitan el territorio de los Estados Unidos»–, una crítica virulenta al genocidio de los indios, a la esclavitud y, más allá de ella, a la condición de los negros en la época y en el futuro, ya que incluso los negros «libres» siempre tendrán que sufrir a causa de su raza.

Beaumont y Tocqueville habían admirado muchas cosas durante su periplo americano, pero tanto el uno como el otro denunciaron que esta gran democracia se fundaba sobre un doble crimen contra la humanidad. En 1835, Beaumont publicó *Marie ou de l'esclavage aux États-Unis* (*María o la esclavitud en los Estados Unidos*) y Tocqueville el capítulo X que es un alegato en favor de los indios y una viva denuncia del genocidio que se había decidido y que –para Tocqueville– se llevaría hasta el final, así como del destino reservado a los negros. Que yo sepa, fue el primero en utilizar la expresión exacta «crimen contra la humanidad» cuando el presidente Buchanan decidió aplicar la esclavitud a los nuevos Estados de la Unión.

Cuando analizó la situación de la colonización francesa en Argelia, repitió como un *leitmotiv*: «No repitamos, en pleno siglo XIX, la historia de la conquista de América. No imitemos ejemplos sangrientos que la opinión del género humano ha desaprobado»; esta afirmación sigue siendo intolerable para Estados Unidos, al igual que su denuncia de los periódicos de Argel que admitían el exterminio de «una raza condenada a la destrucción por decreto de la Providencia» (Tocqueville, 1962, p. 294)[1], que sigue a su denuncia del genocidio de los indios cuya desgracia fue «entrar en contacto con el pueblo más civilizado, y yo añadiría el más codicioso, del globo»[2].

Naturalmente, la ocasión era demasiado buena para utilizar elementos de los escritos de Tocqueville para poner de relieve la contradicción entre este moralista, quisquilloso con la suerte de los indios y los negros en América, y su defensa de la colonización y de las acciones militares, naturalmente bárbaras y crueles, que tenían lugar en Argelia, y no dudaron en borrar las críticas de Tocqueville (Pitts, 2008, pp. 215-216) contra las atrocidades, su virulenta oposición a la conquista de la Cabilia y su denuncia del expolio de los fondos de las fundaciones piadosas y de la miseria de los argelinos[3].

En Francia, la crítica más dura vino de Olivier La Cour Grandmaison, tras los análisis de Melvin Richter y *De la colonisation de l'Algérie*, de Tzvetan Todorov. He mostrado cómo estos textos son muy discutibles. El deseo ideológico de denunciar a

[1] La naturaleza del propósito es simple. Como los indios en América, los árabes deben desaparecer en Argelia; es una llamada al genocidio. La edición de las Obras Completas en Gallimard ha representado una aventura editorial extraordinaria, comenzada en 1951, ha sido culminada en 2021. Comprende 32 volúmenes distribuidos en 18 tomos. [N.T. Hay versión española de la cita del primer texto en Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, vol. I, Madrid: Aguilar, 1988, p. 233].

[2] *De la démocratie en Amérique*, I, 2, ch. X: "État actuel et à venir probable des tribus indiennes qui habitent le territoire possédé par l'Union".

[3] Tocqueville, *Intervention à la Chambre à l'occasion du vote du budget général de l'Algérie pour 1848,* 9 juillet 1847.

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

Tocqueville lleva a estos autores a presentar las palabras de Tocqueville de forma sesgada, distorsionada y descontextualizada, lo que resulta inexacto, caricaturesco y, en cierto modo, engañoso. Desde entonces, varios autores han seguido el mismo camino, refiriéndose a la lectura de Grandmaison y no a la de Tocqueville[4]. En su momento, analicé el texto de Olivier Le Cour Grandmaison publicado en *Le Monde Diplomatique* en junio de 2001 y destaqué los procedimientos empleados (Benoît, 2001a, 2001b). Las otras críticas son más moderadas y cercanas a las posiciones de los estadounidenses Richter, Cheryl Welch e incluso Jennifer Pitts; dejo al lector la consulta del artículo de María José Villaverde, que hace balance de la cuestión. Sin embargo, me gustaría rendir homenaje al libro de Seloua Luste Boulbina, *Sur l'Algérie* (2003), que es un trabajo muy interesante, aunque no comparta muchos de sus puntos de vista.

Quisiera insistir en dos puntos esenciales para mí, relativos al enfoque de la cuestión de Tocqueville y Argelia, que distorsionan el juicio y merecen ser retomados: el primero consiste en juzgar esta cuestión negándose a considerar a Tocqueville en su época y el segundo, en olvidar la dimensión sincrónica de los textos y de las posiciones de Tocqueville sobre este tema.

1. Tocqueville en su época

María José Villaverde considera que, en los últimos años, la teoría decolonial y la llamada ideología «*woke*» han sometido a una dura crítica a la tradición ilustrada de la sociedad occidental. Este enfoque se remonta a los trabajos de Derrida sobre la Deconstrucción, movimiento que engloba los trabajos de Foucault, Deleuze y los filósofos de la Teoría Francesa, pero no sólo a ellos.

María José Villaverde concluye que las acusaciones anteriores son desproporcionadas y ahistóricas. Subraya repetidamente no sólo la importancia de explicar a Tocqueville a la luz de su contexto histórico e intelectual, sino también de comprender el significado de términos como «colonialismo» e «imperialismo» en su época.

El conjunto de críticas actuales es un fenómeno de moda que tiende a ocupar, si no todo el espacio crítico, al menos una parte importante y ofrece un enfoque distorsionado de la realidad histórica. Es imposible comprender o juzgar a un personaje histórico o a un autor sin tener en cuenta la época, el entorno y la situación histórica en que vivió. El tiempo del análisis crítico tiende naturalmente a imponer sus hechos y sus valores sobre los del momento.

2. Enfoque sincrónico

El segundo gran error de la mayoría de los juicios y análisis relativos a Tocqueville y Argelia procede del olvido casi sistemático de los hechos históricos y de las sucesivas tomas de posición sobre esta cuestión. Los analistas consideran siempre que se trata de presentar la posición de Tocqueville sobre Argelia y la cuestión de la colonización como si no hubiera evolucionado entre 1837 y 1849.

[4] Entre los autores que han seguido la senda trazada por Grandmaison se puede citar a Noureddine Saadi, curiosamente retomado por la *Tocqueville Review / La Revue Tocqueville*, 2004, vol. 35, n° 2, p. 123, «*l'Algérie: le libéral et le colonial* », Michel Onfray e incluso por Pierre-Henri Tavoillot que no duda en afirmar que en su Informe de 1847, Tocqueville escribió cosas «abominables» ya que «incitó al ejército a masacrar a la población indígena», pero ¡Que cite el texto!. https://www.franceinter.fr/emissions/l-invite-de-8h20-le-grand-entretien/l-invite-de-8h20-le-grand-entretien-du-vendredi-18-juin-2021

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

En este caso, los franceses deberían ser más prudentes, recordando el ejemplo histórico y significativo del papel de De Gaulle en relación con Argelia. Habría que ser muy ingenuo para pretender presentar la posición de De Gaulle sobre Argelia. ¿Cuál era su posición? ¿En qué momento de su vida? ¿Antes de la Segunda Guerra Mundial? ¿En el momento del discurso de Brazzaville en el que mencionó siete veces África y su necesaria evolución, pero ni una sola vez Argelia, que tenía un estatuto diferente con sus tres departamentos franceses? ¿Durante la revuelta de Sétif del 8 de mayo de 1945, tan duramente reprimida? De Gaulle era entonces jefe del gobierno provisional y lo siguió siendo hasta el 2 de noviembre de 1945. ¿El 23 de octubre de 1958, cuando convocó la *Paz de los Valientes*? ¿En el momento de la Operación *Gemelos*, del 22 de julio de 1959 a marzo de 1960, que se saldó con una victoria militar sin futuro? ¿O entre 1960 y 1962, cuando su posición seguía evolucionando como consecuencia de las negociaciones en curso con el FLN?

Lo mismo puede decirse de Tocqueville. Sus posiciones sobre Argelia no son las mismas en 1827-1830, desde el incidente del *matamoscas* hasta la toma de Argel; en 1837, durante el Tratado de Tafna; en 1840-41, durante la conquista y las operaciones militares de Bugeaud; en 1845, durante las *enfumades* de Pélissier; en 1846, durante su segundo viaje a Argelia; en 1847, cuando redacta sus dos informes; y en 1848-1849. Son estas etapas las que me propongo recorrer brevemente aquí.

3. Las posiciones de Tocqueville de 1828 a 1837

En los documentos disponibles en las *Obras Completas*, hay pocas tomas de posición u observaciones de Tocqueville sobre la cuestión argelina hasta 1836. La primera mención se encuentra en la correspondencia con su amigo y primo Louis de Kergorlay, en una carta fechada en octubre de 1828, en la que escribe: «Es muy posible que se lleve la guerra a Argel, ya que este ridículo asunto debe llegar a su fin» (Tocqueville, 1977, p. 155). Obviamente se refiere aquí a los tres golpes dados con un matamoscas por Hussein, el Dey de Argel, a Daval, el cónsul francés, que condujeron al bloqueo de Argel y a la posterior toma de la ciudad en 1830.

El 24 de marzo de 1839 escribe a su hermano Édouard y a su cuñada Alexandrine: «El Ministerio no ha hecho coincidir involuntariamente el asunto de Argel con las nuevas elecciones. Espera hacer valer todo el ascendiente de la victoria» (Tocqueville, 1998, p. 60). El 6 de abril escribió a las mismas personas: «ahora que la guerra se ha resuelto, los periódicos liberales han dejado, en general, de criticar el objetivo y los preparativos. Hay un verdadero espíritu nacional en la forma en que esta cuestión ha unido las opiniones» (Tocqueville, 1998, p. 64). El 6 de mayo, habla de sus preocupaciones sobre el futuro de este compromiso militar:

> la expedición de Argel debería haber zarpado ayer; de este lado se necesitan resultados grandiosos porque los preparativos son prodigiosos y, si el fin no está a la altura de los medios, el ministerio está perdido y puede correr el riesgo de ser severamente criticado (Tocqueville, 1998, p. 68).

La expedición fue un éxito y Argel fue tomada, aunque sin éxito para el gobierno en el poder que vio la abdicación de Carlos X tras los acontecimientos revolucionarios desencadenados por las regulaciones sobre la prensa.

Entre el 20 de septiembre y el 18 de noviembre de 1833, un intercambio de cartas –tres de Kergorlay y una de Alexis– hace referencia a una posible compra de tierras en la Mitidja, ya sea para su cultivo o como inversión. Concluir, como se ha hecho demasiado precipitadamente, que los dos amigos pensaban realmente instalarse como colonos en Argelia es sin duda ir demasiado rápido. Muchos años

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

más tarde, retirado de la vida política y poniendo en orden su correspondencia, Alexis escribió sobre una de estas cartas: «Curiosa carta de Louis manifestando nuestra intención de ir a África» (Benoît, 2013, pp. 290-292). No olvidemos que en aquella época los dos amigos no tenían fortuna y que Alexis estaba embarcado en la redacción de la primera *Démocratie* con el objetivo último de emprender su carrera política en Francia, ¡Todo ello era incompatible con instalarse en la Mitidja!

4. Las dos cartas sobre Argelia, 1837

En 1837 Tocqueville decide emprender una carrera política. Durante un tiempo pensó en presentarse por Versalles porque su padre había sido prefecto allí, pero al final desistió porque sabía que los legitimistas no le perdonarían que escribiera su libro sobre la democracia. Antes, sin embargo, escribió dos cartas a posibles electores en *La Presse de Seine-et-Oise*, el 23 de junio y el 22 de agosto de 1837. Su intención era demostrar su capacidad para afrontar los problemas políticos del momento. La cuestión planteada desde la toma de Argel era qué hacer con Argelia y/o qué hacer en Argelia. En su opinión, deberían haberse establecido dos bases militares y comerciales en la costa para controlar el mar, desarrollar el comercio con el interior y atenerse a una ocupación militar parcial de la costa llegando a un acuerdo político con los jefes indígenas. El gobierno francés debería haberse inspirado en el sistema establecido por los turcos, que:

> se habían establecido en la costa africana como extranjeros, pero habían resuelto el difícil problema de vivir durante casi trescientos años en un país en el que siempre fueron extranjeros y en el que parecían permanentemente recién llegados que venían a hacer sus propios negocios y no a administrar al pueblo conquistado (Tocqueville, 1962, p. 138).

Pero el curso de los acontecimientos había cambiado y Francia no podía pensar en abandonar Argelia, lo que habría significado una humillación y renunciar a ser una gran potencia. Al contrario, había que permanecer en el país para hacer frente a Inglaterra, que hacía trizas a los franceses y los había expulsado de la India y Canadá, y para controlar el Mediterráneo occidental.

En Argelia, Bugeaud había firmado el 30 de mayo el Tratado de Tafna con Abd el-Kader, reconociendo de facto la autoridad de este último sobre dos tercios de Argelia. Este acuerdo era a la vez ambiguo y cargado de amenazas para el futuro. Los turcos habían establecido una administración mínima que jugaba con la división de las tribus árabes, favoreciendo a unas frente a otras, y los tres Beys de Constantina, de Tittery y de Orán, así como el Dey de Argel, recaudaban impuestos con bastante facilidad. Los franceses, en cambio, cometieron muchos errores graves, destruyendo los registros públicos, dispersando las administraciones existentes y deportando a todos los antiguos funcionarios. De este modo, crearon el desorden y la anarquía, antes de introducir la arbitrariedad, la violencia indiscriminada del ejército y el expolio bajo el doble patrocinio de una administración francesa trasladada tal cual al extranjero. Por lo tanto, debemos cambiar de práctica y de política, debemos «recrear un gobierno entre estos pueblos [...] [pero] tenemos un interés mucho más visible en no permitir que se establezca allí un gobierno único porque entonces el peligro sería mucho mayor que la ventaja» (Tocqueville, 1962, p. 148).

En este punto, Tocqueville considera que todavía es posible prever el éxito de la colonización con la condición expresa de no comprometerse «a someter a nuestros nuevos súbditos de Argelia a las formas de la administración francesa» (1962, p. 149). Si se lee atentamente el texto, esta última observación se refiere tanto a los nativos como a los colonos. A los nativos, porque hay que respetar su identidad y sus leyes y

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

costumbres, y a los colonos, porque las leyes y prácticas de la Francia metropolitana no tienen por qué ser aplicadas estúpidamente y al pie de la letra por la administración, a menos que se decida condenar la colonización al fracaso.

Una vez satisfechas estas condiciones sería posible, añade Tocqueville, respetar los derechos de todos, no expoliar a los nativos, sino comprarles tierras a un precio adecuado, y

> establecer un vínculo duradero y formar finalmente un solo pueblo a partir de las dos razas […] Por lo tanto, no hay razón para creer que el tiempo no logrará amalgamar las dos razas. Dios no lo impide; sólo las carencias del hombre podrían interponerse (Tocqueville, 1962, pp. 151* y 153**).

Una esperanza quimérica, un espejismo debido a la distancia y a la ignorancia de la situación real. El Tratado de Tafna fue, desde el principio, un acuerdo absurdo cuyos dos textos, en árabe y francés, no eran idénticos y cuyos firmantes no pretendían respetarlo sino aprovecharse de él.

Como muchos otros, Tocqueville denunció el Tratado de Tafna que veía, con razón, como una fuente de futuros peligros, pero siguió creyendo y deseando que Francia permaneciera en Argelia, que se instalara allí ahora que se había establecido una nueva situación. Así que siguió muy de cerca la situación de Argelia y en Argelia. Lee el Corán para comprender la religión y su papel en el país, toma notas sobre los inicios de la colonización y decide viajar por primera vez a Argelia con su amigo Beaumont.

5. Notas sobre Argelia, 1838-1842 y primer viaje a Argelia, 1841

Tras escribir las dos *Cartas sobre Argelia*, Tocqueville quiso profundizar en su conocimiento del pueblo argelino y emprendió una lectura atenta del Corán, pluma en mano (Tocqueville, 2007). Escribe entonces las *Notes journalières* [el diario] y un *Travail sur l'Algérie* [Trabajo sobre Argelia], en 1841, en el momento de su primer viaje al país; también escribe las *Notes prises à la commission royale sur la colonisation de l'Algérie* [Anotaciones de la Comisión Real sobre la Colonización de Argelia] (Tocqueville, 1990, pp. 209-288). En estos textos hace balance de la situación de la época y del estado de la colonización.

Con la firma del Tratado de Tafna, los franceses prosiguen sus acciones militares y Abd el-Kader considera que la marcha de Constantina a Argel y el paso por de las Puertas de Hierro de la columna del ejército del duque de Orleans, en octubre de 1839, es un desafío temerario que constituye de hecho la ruptura del mismo, y relanza las hostilidades al mes siguiente. En estas condiciones, la elección era sencilla para Francia: renunciar a colonizar Argelia o emprender la conquista del país para poder dominarlo con el fin de colonizarlo.

> El abandono (de Argelia) sería, a los ojos del mundo, un signo claro de la decadencia (de Francia) (...) Todo pueblo que renuncia fácilmente a lo que ha tomado y se retira él mismo, dócilmente, a sus antiguos límites (...) entra visiblemente en el periodo de su decadencia (Tocqueville, 1990, pp. 213-214).

El 29 de diciembre de 1840, el ministerio de Thiers nombra a Bugeaud Gobernador General de Argelia, a pesar de su oposición inicial a la conquista del país. Este llega a Árgel el 19 de febrero de 1841.

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

6. La situación militar

Tras el Tratado de Tafna, la situación militar cambió tal y como temía Tocqueville. Abd el-Kader reanudó la acción militar en noviembre de 1839, con la esperanza de renegociar el Tratado.

En 1840, la alternativa era simple: o poner fin a la presencia francesa o emprender una guerra total para derrotar a Abd el-Kader conquistando todo el país. Tocqueville reconoció que, desde el punto de vista militar, Bugeaud había sabido desarrollar una estrategia adecuada a la situación y a las circunstancias del momento y del lugar en respuesta a las acciones de Abd el-Kader. Así lo recordó en su discurso en el debate sobre los créditos extraordinarios de 1846:

> El mariscal Bugeaud ha prestado un gran servicio al país en África y éste es ese servicio: es el primero que ha sabido aplicar en todas partes y al mismo tiempo el tipo de guerra que es, tanto a mis ojos como a los suyos, el único tipo de guerra practicable en África (Tocqueville, 1990, p. 299).

El ejército francés libró una guerra de movimientos, golpes de mano e incursiones, con su parte de destrucción de aldeas, rebaños y cosechas. Las acciones revelan así la estrategia de tierra quemada ya que el gobierno, al igual que Tocqueville, estaba convencido de que la necesidad de colonizar requería librar una guerra total y dotarse de los medios para ganarla. Naturalmente, tal enfrentamiento será cruel para ambas partes: se mataría a civiles, se quemarían pueblos y se destruirían cosechas, y habría que llevar a cabo estas operaciones militares; era el precio de la victoria.

En 1841, en su *Travail sur l'Algérie*, Tocqueville escribía:

> He oído a menudo en Francia a hombres a los que respeto, pero no apruebo, considerar malo quemar cosechas, vaciar silos y, en fin, apresar a hombres, mujeres y niños desarmados. En mi opinión, son necesidades desafortunadas, pero cualquier pueblo que desee hacer la guerra contra los árabes se verá obligado a someterse a ellas. El poder de Abd el-Kader sólo puede destruirse haciendo que la posición de las tribus que le apoyan sea tan insoportable que le abandonen. (...) Hay que aceptarlo o abandonar el proyecto. En lo que a mí respecta, creo que hay que utilizar todos los medios para desolar a las tribus. Sólo excluiré aquellos que la humanidad y el derecho de gentes rechacen (Tocqueville, 1990, p. 227).

Tales observaciones suscitan naturalmente desaprobación, sobre todo cuando vienen del hombre que denunció el genocidio de los indios y el destino reservado a los negros, esclavos o libres, en los Estados Unidos y son retomadas, una y otra vez, por quienes, siguiendo los pasos de Le Cour Grandmaison, denuncian estas observaciones de Tocqueville. Sin embargo, hay que situarlas en su contexto histórico, ¡que no desvirtúa en absoluto la crueldad y la inhumanidad de la guerra y de todas las guerras!

En aras de la pertinencia y de la verdad, es especialmente importante situar este pasaje en el contexto del conjunto del texto. La honestidad intelectual y la objetividad histórica exigen que, contrariamente a la práctica reciente de tergiversar las posiciones de Tocqueville para criticarlas más eficazmente, no olvidemos citar el párrafo inmediatamente anterior:

> Por mi parte, me traje de África la angustiosa noción de que en estos momentos estamos haciendo la guerra de una manera mucho más bárbara que los propios árabes. La civilización está ahora de su parte. Esta forma de hacer la guerra me parece

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

> tan poco inteligente como cruel. Sólo puede encajar en la mente tosca y brutal de un soldado (Tocqueville, 1962, p. 226).

Ya en su primer viaje en 1841, en compañía de Beaumont, Tocqueville vio de primera mano los numerosos abusos cometidos por el ejército tanto contra los colonos como contra los nativos, ¡y los propios soldados se jactaban de estos hechos bélicos! Véanse, por ejemplo, las cartas del mariscal de Saint-Arnaud a su hermano, en las que se jacta de todos los horrores que él y sus hombres infligieron a los árabes, hombres, mujeres y niños, ¡como las asfixias del 15 de agosto de 1845, que causaron quinientos muertos! [5].

¡Cómo no oponerse a «la insolencia francesa con un sable en el culo»! (Tocqueville, 1958, p. 204). Tocqueville denuncia el frenesí estúpido y cruel de una parte del ejército que cuestiona la posibilidad de la colonización en aquel momento y en el futuro. En Philippeville, el 30 de mayo de 1841, él y Beaumont se encuentran con el coronel d'Alphonse que, tras haber hecho cortar la cabeza a un árabe sospechoso de asesinato, la exhibe en la puerta de la ciudad. Les dijo: «Señores, sólo la fuerza y el terror pueden tener éxito con esta gente». Maltrató a los colonos, les requisó los carros y los caballos y les amenazó con enviarlos a un fuerte abrasado por el sol si se negaban. A continuación, detalló algunos de los horrores cometidos bajo su mando y Tocqueville concluyó:

> Mientras escuchaba con tristeza todas estas cosas, me preguntaba cuál podía ser el futuro de un país entregado a tales hombres, y adónde conduciría finalmente esta cascada de violencia e injusticia, si no a la rebelión de los nativos y a la ruina de los europeos (Tocqueville, 1958, pp. 216-217).

Al final de su primer viaje a Argelia, Tocqueville estaba convencido de que el ejército era incapaz de llevar a cabo una auténtica colonización.

7. ¿Cómo colonizar? ¿Qué tipo de colonización habría que poner en marcha?

La situación de Francia en Argelia, desde el Tratado de Tafna en adelante, y más aún en los años 1840, cuando se relanzó la conquista del país, dio lugar a un florecimiento de los imaginarios coloniales y dio rienda suelta a las fórmulas utópicas y/o ideológicas de unos y otros: Saint-Simonianos, fourieristas, partidarios de colonias religiosas y/o militares que Tocqueville evoca sin complacencia en su obra sobre Argelia en 1841:

> He aquí por fin el gobierno, dueño de una gran parte de la tierra por derecho de conquista, por compra voluntaria o por expropiación forzosa. ¿Qué va a hacer con ella y cómo va a poblarla? Nada mejor que la mayoría de ellas [de dichas doctrinas] prueba el tipo de atracción irresistible que en nuestro tiempo y en nuestro país está llevando gradualmente a la mente humana a destruir la vida individual, a hacer de cada sociedad un ser unitario. En Francia, esta tendencia produjo el fourierismo y el saint-simonismo. Incluso atrajo involuntariamente al abate Landmann y al general Bugeaud y a tantos otros que escribieron o hablaron de colonización. Todos ellos querían cubrir Argelia con verdaderos falansterios, ya fueran teocráticos, militares o comerciales; en otras palabras, todos ellos querían fundar pequeñas comunidades donde hubiera poca o ninguna propiedad o vida individual, y donde cada ciudadano trabajara como una abeja según el mismo plan y el mismo objetivo, no en su propio interés sino en el de la colmena. [...]

[5] Las cartas de Saint-Arnaud conforman el volúmen 1 de *L'Algérie heureuse*, (sic) reproducidas en la edición Tchou, Tours, 1978. El pasaje citado se encuentra en las pp. 250-251.

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

> Todos estos planes pueden tener éxito en un punto, en un caso particular y durante un cierto período de tiempo; hemos visto cosas similares en América. El abate Landmann persuadirá quizá a cierto número de familias alemanas para que se agrupen en torno a él y las mantendrá unidas por su celo. Es posible que el general Bugeaud encuentre en su ejército un número suficiente de antiguos soldados dispuestos a formar una o dos colonias y oficiales lo bastante hábiles para dirigirlas. Todo esto es posible. Pero es pura ensoñación imaginar que con la ayuda de uno de estos métodos excepcionales conseguiremos poblar el país. Todos estos bellos proyectos de sociedades carecen de la primera condición para el éxito: hombres que los pongan a prueba (Tocqueville, 1962, pp. 215-252).

8. La colonización según Tocqueville: fomentar el éxito de los colonos por todos los medios. «Hay que construir un puente de oro para los que van a África».

Para Tocqueville, la colonización sólo puede tener éxito si se basa en que los individuos disfruten de plena libertad política y económica. Antes de ello, el Estado debe darles los medios mínimos para instalarse libremente y hacer prosperar sus negocios. También debe permitirles comprar a bajo precio los bienes y herramientas que necesitan para su desarrollo y, después, para que la empresa y la colonización tengan éxito, debe permitirles vender sus productos agrícolas, aunque sea a un precio más elevado que el mismo producto en Francia, aunque el libre comercio se resienta temporalmente; pero a largo plazo, todos saldrán beneficiados, tanto en Argelia como en Francia.

Como se ve, se trata de liberalismo bien temperado. Se trata también de hacer lo contrario de lo que la colonización militar y la administración inflexible de Bugeaud pusieron en marcha:

> Cuando examino el papel que las circunstancias particulares en las que se encuentra nuestra colonia obligan a desempeñar a la administración, encuentro que este papel es el siguiente: la administración debe registrar cuidadosamente las tierras a colonizar y, en la medida de lo posible, adquirirlas para venderlas a bajo precio a los colonos, libres de todo gravamen. Debe determinar el emplazamiento de los pueblos, fortificarlos, armarlos, delimitarlos, construir una fuente, una iglesia, una escuela, una casa comunal y atender las necesidades del cura y del maestro. Debe obligar a cada habitante a alojarse, a sí mismo y a su rebaño, dentro del recinto y a cercar sus campos. Debe someterlos a todos a las reglas de vigilancia y defensa que exige la seguridad; y poner al frente de su milicia a un oficial que mantenga algunos hábitos militares en la población y pueda comandarla en el exterior. También debe, por sí misma o por mediación de las compañías colonizadoras, proporcionar a los colonos animales, herramientas y alimentos, con el fin de facilitar y asegurar el nacimiento del asentamiento. Sobre todo, y esto es crucial, las obligaciones que impone deben estar bien definidas y ser conocidas de antemano. Lo que más disgusta a los habitantes de un nuevo país es no saber exactamente con qué pueden contar. Imponga obligaciones muy estrechas si quiere, pero no deje que varíen según sus caprichos. Ésa es la tarea de la administración.
>
> Una vez hecho esto, hay que dejar que los colonos vayan donde quieran y cultiven como les parezca. (...) Se devanan los sesos tratando de encontrar la manera de atraer a los agricultores a Argelia y mantenerlos allí. Hay uno en el que no piensan esos grandes utópicos, y que es mejor que todas las colonias militares o eclesiásticas del mundo, y es hacer que la gente se enriquezca cultivando; y para que la gente se enriquezca allí, tiene que vivir barato y vender sus productos fácil y caro. Bajar los aranceles para que la mayoría de las cosas útiles o agradables para la vida puedan obtenerse a bajo precio, incluso de los extranjeros. Permitir que todos los productos argelinos entren libremente en Francia, especialmente los producidos no por la industria autóctona sino por la industria colonial. Por ejemplo, en lugar de comprar el tabaco que se necesita en América, cómprelo preferentemente en Argel, donde crece

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

> maravillosamente y es excelente. El atractivo del beneficio y de la facilidad atraerá pronto al Macizo y a la Mitidja a cuantos colonos pueda desear (Tocqueville, 1962, pp. 215-253).

9. La cuadratura del círculo: ¿cómo colonizar? ¿Con quién?

El ejército no era apto para la colonización, sobre todo el ejército de Argelia, donde Tocqueville consideraba que muchos de los generales se habían envilecido con la guerra que libraban. Habían adquirido

> el hábito y el gusto de un gobierno duro, violento, arbitrario y grosero (...) Temo que algún día aparezcan en el teatro de nuestros asuntos internos con la fuerza del estilo así adquirido y que sorprenderá fuera. ¡Dios quiera que Francia nunca sea dirigida por uno de los oficiales del Ejército de África! (Tocqueville, 1962, p. 236).

«Mientras la dirección general esté confiada a un militar, la obra de colonización (...) no se hará o se hará mal». Pero el problema era casi insoluble porque la administración también era totalmente inadecuada para promover el desarrollo de la colonización; hacía un uso abusivo de sus exorbitantes poderes porque no tenía ningún control real: «en Argel, el poder más opresivo y malvado es el poder civil» (Tocqueville, 1962, p. 261). Por último, «querer dar a una administración civil el lugar que le corresponde bajo un jefe militar me parece una tarea casi imposible» (Tocqueville, 1962, p. 271).

10. 1845-1846: el punto de inflexión

La prosecución de la guerra por parte de Bugeaud agravó cada vez más la situación. Es cierto que había desarrollado una ciencia de la guerra «con una energía y un vigor sin igual» (Tocqueville, 1962, p. 299). Pero esta energía y esta ciencia son perversas ya que su objetivo es ganar –y continuar– la guerra y no dar prioridad a lograr la paz. Bugeaud no quería la paz. A partir de entonces, la destrucción de las cosechas ya no bastó para satisfacer la furia de los jefes militares que procedieron a cometer verdaderos crímenes de guerra, en particular las *enfumades*. María José Villaverde señala que el gasear con humo comenzó en 1844, quizás incluso antes, y fue llevada a cabo por numerosos oficiales, entre ellos Cavaignac, Pélissier y, como hemos visto, Saint-Arnaud. Estas prácticas odiosas y criminales consistían en hacinar a cientos de argelinos en cuevas, ahumarlos y hacerles morir de asfixia. El periódico fourierista *La Démocratie pacifique* protestó contra las *enfumades* de Pélissier en dos editoriales del 22 y 24 de julio de 1845, escritos por Victor Considérant, pero Bugeaud, obviamente y como siempre había hecho, defendió las acciones de sus oficiales.

Contrariamente a lo que sugieren los críticos, Tocqueville nunca defendió estas prácticas vergonzosas; al contrario, en 1846 se le pidió que participara en una comisión de investigación sobre los ataques de Pélissier. Permaneció en el país desde finales de octubre hasta finales de diciembre, pero el 9 de junio anterior había intervenido en el hemiciclo durante el debate sobre los créditos extraordinarios para 1846, donde atacó muy enérgicamente la actuación de Bugeaud:

> El mariscal Bugeaud no ha hecho nada, nada; ha obstaculizado (...) ha impedido (el establecimiento de una sociedad europea en África) … Por tanto, no ha hecho nada, y a menudo ha impedido hacer (...) Durante los cinco años que el mariscal Bugeaud ha pasado en África, ¿saben cuánto tiempo permaneció en Argel? Apenas dos años (Tocqueville, 1962, pp. 299-300).

Bugeaud jugaba su carta política con la conquista de Argelia que debía servirle de trampolín hacia el poder en Francia. Ya era potencialmente un general sedicioso

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

–como muchos otros después de él– enfrentado a un gobierno débil. El gobierno ya había optado por «la dimisión, [...] el mariscal Bugeaud no fue ni desautorizado ni destituido» (Tocqueville, 1962, p. 303) ...

> Cuando oigo que el mariscal Bugeaud ofreció su dimisión y no ha sido aceptada, no puedo dejar de suponer que lo que mantiene al mariscal Bugeaud en África es mucho menos el bien que para Francia se espera de él allí, que el daño que se puede temer de él aquí en París (Tocqueville, 1962, p. 306).

11. El segundo viaje a Argelia

Tras su enérgica toma de posición en la Cámara, Tocqueville realiza un segundo viaje a Argelia, de finales de octubre a finales de diciembre de 1846. Su objetivo era comprobar la situación exacta del país, la actuación del ejército (tras las *enfumades*) y la colonización. Se le permitió formar parte de una delegación oficial que incluía a otros diputados que reencuentra en Argel: Lanjuinais y Lavergne, pero también Béchameil y Plichon. Se había unido al grupo un periodista, Bussière, que se quedaría con Tocqueville cuando el grupo se separó y daría cuenta del viaje varios años más tarde[6].

Bugeaud invitó a los visitantes a acompañarle hasta Orléansville (Chief). Quería demostrar a sus huéspedes los resultados militares que se habían conseguido. El viaje también les permitió ver asentamientos militares y civiles de diferentes tipos, como Boufarik, Beni-Mered, y los establecidos por el coronel Marengo: Saint-Ferdinand, Sainte-Amélie y Marabout d'Aumale. Bugeaud había querido desarrollar la colonia de Beni-Mered, pero, desgraciadamente para él, en el mismo día de su llegada, los ‹‹futuros›› ciudadanos, a los que les quedaban seis meses de servicio, exigieron la supresión de esta comunidad de organización militar. En Miliana, los colonos vinieron a pedir un comisario civil para la administración municipal y un juez de paz para la administración de justicia. Irritado, «les explicó su teoría sobre las ventajas de una administración libre y expeditiva» (Luste, 2003, p. 330).

Tocqueville deja la compañía del mariscal que quería «arrojar polvo a los ojos de los visitantes». Él quería conocer a la «gente real», a los colonos y sus trabajadores árabes, y aprender de ellos las condiciones reales de la colonización agrícola civil que en un 80% se encontraba allí, a pocos kilómetros de Argel. Preparó así el informe que presentaría a la Cámara en 1847. Este informe se basaba en gran parte en las notas que había redactado en 1841 y que no publicó, a pesar de que las cosas habían empeorado desde entonces[7].

12. 1847, año crucial, los dos informes sobre la Cabilia y el testamento político de Tocqueville sobre Argelia

El primer informe versaba sobre el ‹‹Proyecto de ley relativo a los créditos extraordinarios solicitados para Argelia››, el segundo sobre la ‹‹Solicitud de un crédito de 3 millones para los campos agrícolas de Argelia para 1848››.

En estos dos informes, Tocqueville plantea la cuestión de la tierra y de su utilización. En su discurso de 1846, ya había expuesto sus dos principios: «No quiero que se haga retroceder a los nativos, y sobre todo no quiero que se les extermine, como se ha propuesto» (Tocqueville, 1962, p. 293).

[6] En la *Revue des deux Mondes*, en 1853.
[7] Citaré sucintamente el Informe de 1847 ya que retoma los hechos del *Travail sur l'Algérie*.

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

Consideraba que el país a colonizar debía dividirse en cuatro partes bien diferenciadas: el pequeño desierto, la Cabilia, la llanura de Mitidja y el resto de la Argelia utilizable, donde había lugar para los colonos cerca de la población indígena.

En cuanto al pequeño desierto al sur del Atlas debe dejarse su control a la población que vive allí: «Gobernamos a la gente que vive allí a través de jefes nativos a los que sólo supervisamos desde la distancia. Nos obedecen sin conocernos; de hecho, son nuestros tributarios más que nuestros súbditos» (Tocqueville, 1962, p. 293).

Por lo que respecta a la Cabilia, en todos sus escritos sobre Argelia Tocqueville reitera como un leitmotiv que la Cabilia no debe tocarse. ¿Y la Mitidja? María José Villaverde recuerda el texto de Tocqueville:

> Las tierras de las tribus árabes de la llanura de la Mitidja, favorables a Abd-el-Kader, podían ser confiscadas según la ley musulmana, aunque Tocqueville, que era "enemigo de las medidas violentas" que le parecían "tan ineficaces como injustas", consideraba que, en este caso, debían utilizarse. En cuanto al resto de las tierras de la Mitidja o del Macizo que no pertenecían a los árabes, Tocqueville proponía que el gobierno las adquiriera por acuerdo o por expropiación, pagando generosamente por ellas (Villaverde, 2022, p. 158).

Por lo tanto, había que establecer títulos de propiedad fiables.

Quedaba la mayor parte del país, la parte útil del país, ocupada por los árabes en la que había que establecer una colonia de asentamiento. Tocqueville recuerda que:

> La cuestión vital para nuestro Gobierno es la de la tierra. ¿Cuál es nuestro derecho, nuestro interés y nuestro deber en este asunto? Al conquistar Argelia, no pretendíamos, como los bárbaros que invadieron el Imperio Romano, tomar posesión de la tierra de los vencidos (...) ¿Se deduce de ello que no podemos tomar posesión de la tierra necesaria para la colonización europea? No, indudablemente no; pero sí nos obliga, por una cuestión de justicia y de buena política, a compensar a quienes las poseen o disfrutan de ellas. La experiencia ha demostrado que esto puede hacerse fácilmente, ya sea concediendo derechos o intercambiando tierras sin coste alguno o a bajo precio. Lo explicaremos con más detalle en otro lugar; todo lo que queremos decir aquí es que es importante tanto para nuestra propia seguridad, como para nuestro honor, mostrar un respeto genuino por la propiedad nativa y persuadir a nuestros súbditos musulmanes de que no pretendemos arrebatarles sin compensación ninguna parte de su patrimonio, o, lo que sería peor aún, obtenerlo mediante transacciones falsas e irrisorias en las que la violencia se escondería bajo la apariencia de compra, y el miedo bajo la apariencia de venta. Hay que conservar a las tribus en su territorio en lugar de llevarlas a otro lugar (Tocqueville, 1962, pp. 326-327).

13. La conquista de la Cabilia

Las cabilas son un pueblo orgulloso, peligroso si sus libertades o su espacio geográfico se ven amenazados, pero es un pueblo abierto con el que es posible establecer vínculos comerciales. Desde 1845, Bugeaud quería lanzar operaciones en la Cabilia, a pesar de los deseos de los diputados y de la Comisión, y repitió su intención en 1846. Tocqueville le criticó duramente cuando intervino en la Cámara el 9 de junio de 1846, durante el debate sobre los créditos extraordinarios:

> ¿Tengo que recordar [a la Cámara] que esta expedición a la Cabilia que creo que todo el mundo ahora está de acuerdo en que se puede llamar insensata, no se llevó a cabo

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

> a pesar del Gobierno; se habría llevado a cabo a pesar del Gobierno si la Cámara no lo hubiera impedido? (Tocqueville, 1962, p. 302).

En 1847, Tocqueville retomó esta crítica cuando presentó a la Cámara su informe sobre Argelia. Denunció la actitud del Mariscal que, como un verdadero ‹‹matamoros››, en el sentido etimológico del término[8], había lanzado, en el *Moniteur algérien* del 10 de mayo, un desafío a las cabilas y al mismo tiempo a la representación nacional:

> El Gobernador General anuncia [a las poblaciones de la Cabilia] que el ejército va a entrar en su territorio para expulsar a los aventureros que predican la guerra contra Francia. Les declara que no tiene ningún deseo de luchar, pero que si entre ellos hay hombres que quieren la guerra, le encontrarán dispuesto a aceptarla (Tocqueville, 1962, p. 359).

Aprovechando un incidente que acababa de confrontar Luis Felipe a la Comisión, Dufaure envió a Soult, el ministro de la Guerra, una notificación en la que afirmaba que la comisión se oponía a la intención reiterada de Bugeaud de invadir la Cabilia. En una disputa sobre competencias, el rey recordó tajantemente a la Comisión que, en virtud del artículo 12 de la Carta, ¡el poder de ejecución sólo le pertenecía a él! Esto reforzó la posición de Bugeaud, que intervino al mismo tiempo, en mayo de 1847, en la región en torno a las tres ciudades de Bougie, Hamza y Sétif.

La decisión de Bugeaud fue un grave error. ¿No había acordado ante la Cámara: «las poblaciones de Cabilia no son ni invasoras ni hostiles; se defienden enérgicamente cuando vamos a ellas, pero no atacan»? Tocqueville lanza entonces una advertencia que constituye una de sus notables anticipaciones: «vamos a derrotar a las cabilas; pero ¿cómo las gobernaremos después de haberlas derrotado?» (Tocqueville, 1962, p. 360). Recuerda cómo la intervención de Bugeaud había roto deliberadamente una paz que estaba en ciernes:

> El año pasado, la Comisión de Créditos Extraordinarios declaró: “creemos que las relaciones pacíficas son la mejor manera, y quizá la más rápida, de garantizar la sumisión de las cabilas'. Un gran número de tribus de la Cabilia, atraídas por nuestra industria, entablaban ya relaciones con nosotros y se ofrecían a reconocer nuestra supremacía. Este movimiento pacífico animaba incluso a los que aún no habían cedido a él. ¿No nos era permitido creer, señores, que en un momento en que la paz tenía tanto éxito, no tomaríamos las armas? Por lo tanto, no encontrarán nada raro en el hecho de que su comité se conmoviera, como ustedes mismos, cuando se enteró de la expedición que se estaba llevando a cabo (Tocqueville, 1962, p. 361).

Una vez más, Tocqueville demuestra su notable capacidad de analista capaz de comprender desde el principio las consecuencias de sus actos. Hoy conocemos el papel clave desempeñado por la Cabilia para sacudirse el yugo de la colonización. Bugeaud desarrolló una ciencia de la guerra: «con una energía y un vigor sin igual» (Tocqueville, 1962, p. 299), pero el único objetivo de esta energía y de esta ciencia era proseguir la guerra y no por encima todo, la paz. Bugeaud no quería la paz. Fiel a su lema: ‹‹*Ense et aratro*›› (a hierro y arado), quería mantener un ejército de soldados coloniales armados hasta los dientes, porque el soldado de un ejército de una democracia sólo ganaba estima y consideración en tiempos de guerra.

14. 1847: Testamento político de Tocqueville sobre Argelia.

En 1847, Tocqueville alcanza un punto de inflexión crucial en su análisis político y su papel con respecto a Argelia. Bugeaud había abandonado

[8] Esta palabra de origen español significa «matar a los moros».

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

definitivamente el país en junio y fue sustituido por el duque de Aumale el 11 de septiembre de 1847. Hervé de Tocqueville, padre de Alexis, escribe a Marie, la esposa de su hijo:

> gente que frecuenta a príncipes y a generales, me ha dicho que les habían asegurado que el duque de Aumale había inicialmente designado a Alexis para Intendente General de Argelia, pero a los ministros no les gustan los hombres de la oposición, por moderados que sean (Benoît, 2013, pp. 445-446; Villaverde, 2022, pp. 174-175).

15. El futuro de la colonización, una alternativa de grandes consecuencias

> Lo que podemos esperar no es suprimir los sentimientos hostiles que inspira nuestro Gobierno, sino amortiguarlos; no hacer que nuestro yugo sea amado, sino hacerlo parecer cada vez más soportable [...] Sería imprudente creer que conseguiremos vincularnos a los nativos mediante una comunidad de ideas y costumbres, pero podemos esperar hacerlo mediante una comunidad de intereses. [...] Si nuestras armas han diezmado a ciertas tribus, hay otras a las que nuestro comercio ha enriquecido y fortalecido singularmente, y son conscientes de ello. En todas partes, el precio que los nativos pueden esperar por sus productos y su trabajo se ha incrementado enormemente gracias a nuestra proximidad. Por otra parte, nuestros agricultores están encantados de utilizar mano de obra local. El europeo necesita al árabe para trabajar su tierra; el árabe necesita al europeo para ganar un salario elevado. Así es como el interés reúne naturalmente en un mismo campo, y une necesariamente en un mismo pensamiento a dos hombres cuya educación y orígenes los colocaron tan lejos el uno del otro. Es en esta dirección en la que debemos avanzar, señores, es hacia este objetivo al que debemos esforzarnos. La Comisión está convencida de que el futuro de nuestra dominación en África, la fuerza de nuestro ejército y el destino de nuestras finanzas dependen sobre todo de la forma en que tratemos a los nativos; ya que, en este asunto, las cuestiones de humanidad y negocio se tocan y se funden. [La Comisión] cree que, a largo plazo, un buen gobierno puede conseguir la pacificación real del país y una reducción muy notable de nuestro ejército. Que si, por el contrario, sin decirlo, pues estas cosas se han hecho a veces, pero nunca se han admitido, actuáramos de tal manera que demostráramos que a nuestros ojos los antiguos habitantes de Argelia no son más que un obstáculo que hay que eliminar o pisotear; si envolviéramos a sus poblaciones, no para alzarlas en nuestros brazos hacia el bienestar y la luz, sino para agarrarlas y asfixiarlas, se plantearía entre las dos razas la cuestión de la vida o la muerte. Argelia se convertiría, tarde o temprano, créanlo, en una encerrona, en un coso amurallado, donde los dos pueblos tendrían que luchar sin piedad y donde uno de los dos tendría que morir. Señores: ¡Dios nos libre de semejante destino! No repitamos, en el siglo XIX, la historia de la conquista de América. No imitemos ejemplos sangrientos que la opinión de la humanidad ha despreciado (Tocqueville, 1962, p. 329).

Cuando Tocqueville pronunció este discurso, el 24 de mayo de 1847, quizá aún esperaba que fuera posible cambiar los métodos de colonización y evitar los excesos que, de otro modo, conducirían al desastre. ¿Pensaba que podría ser nombrado para un puesto de responsabilidad en Argelia? No lo sabemos, pero en aquel momento anunció lo que había que hacer para rectificar la situación. Era necesario, contrariamente a lo que se había hecho, devolver a las fundaciones piadosas de los musulmanes lo que se les había quitado; era necesario ayudarles a reconstruir sus escuelas y a formar a sus religiosos; de lo contrario, expoliándoles y manteniéndoles en la miseria y la ignorancia, abriríamos el camino a las sociedades secretas y a la violencia:

> La sociedad musulmana en África no era incivilizada; sólo tenía una civilización atrasada e imperfecta. Había un gran número de fundaciones piadosas cuya finalidad era atender a las necesidades de la caridad o la educación pública. En todas partes hemos puesto nuestras manos sobre estos ingresos, desviándolos en parte de sus

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

> antiguos usos; hemos reducido los establecimientos de caridad, abandonado las escuelas[9] y dispersado los seminarios. A nuestro alrededor se han apagado las luces, ha cesado el reclutamiento de hombres de fe y de hombres de leyes; en otras palabras, hemos hecho a la sociedad musulmana mucho más miserable, más desordenada, más ignorante y más bárbara de lo que era antes de conocernos. Es indudablemente bueno emplear a nativos como agentes de gobierno, pero a condición de que sean conducidos de acuerdo con los sentimientos de los hombres civilizados y con las máximas francesas. Este no ha sido siempre ni en todas partes el caso, y a veces se nos ha acusado de haber hecho mucho menos por civilizar la administración nativa que por haber prestado a su barbarie las formas y la inteligencia de Europa.
>
> Los actos han ido a veces acompañados de teorías. En diversos escritos se ha profesado la doctrina de que la población nativa, habiendo llegado al último grado de depravación y vicio, es para siempre incapaz de toda enmienda o progreso; que, lejos de ilustrarla, es necesario más bien privarla de la ilustración que posee; que, lejos de arraigarla en el suelo, debemos empujarla gradualmente fuera de su territorio para establecernos en su lugar; que, mientras tanto, no tenemos nada que pedirle sino que permanezca sumisa, y que sólo hay una manera de obtener su sumisión que es comprimirla por la fuerza.
>
> Creemos, señores, que tales doctrinas son muy merecedoras no sólo de la desaprobación pública, sino de la censura oficial del Gobierno y de las Cámaras; ya que son, en definitiva, ideas que, a la larga, producen los hechos (Tocqueville, 1962, p. 329).

Una vez más, Tocqueville recurre al ejemplo americano para reclamar la prohibición de las transacciones inmobiliarias entre europeos y nativos con el fin de evitar que estos últimos sean desposeídos, como ocurrió con los indios en Estados Unidos: «Si no queremos que se produzca tal efecto, las transacciones de este tipo no deben ser totalmente libres en ninguna parte. Veremos en otro lugar que esto no es menos necesario para el europeo que para el árabe» (Tocqueville, 1962, p. 328).

16. La convivencia

La experiencia vivida por Tocqueville en Argelia desde 1828 y, sobre todo, de 1837 a 1847, había modificado sensiblemente su pensamiento y su acción en relación con la colonización y los problemas a los que se enfrentaba Francia en este territorio. Por razones geopolíticas y geoestratégicas, deseaba que la colonización se desarrollara y tuviera éxito, para mantener la grandeza de Francia y hacer frente a Inglaterra. Comprendió que sólo podría tener éxito garantizando los derechos de los colonos y reconociendo igualmente a los de los nativos.

17. ¿Qué podía ser del país? ¿Qué podía ser de estos dos pueblos? Una comunidad de intereses

Desde su primer viaje, Tocqueville se dio cuenta de que la fusión de los dos pueblos era una quimera. Es imposible que formen una sola nación, un solo pueblo. Por el contrario, la única manera de que la colonización tenga éxito es que los dos pueblos vivan juntos, cerca el uno del otro, beneficiándose cada uno de esta cohabitación, que

[9] El general Bedeau, en un excelente memorándum que el ministro de la Guerra ha tenido a bien enviar a la Comisión, afirma que en la época de la conquista, en 1837, había en la ciudad de Constantina, escuelas de enseñanza secundaria y superior, en las que de 600 a 700 alumnos estudiaban los diferentes comentarios del Corán, aprendían todas las tradiciones relacionadas con el Profeta y, además, asistían a cursos en los que se enseñaba aritmética, astronomía, retórica y filosofía. Por la misma época, Constantina contaba también con 90 escuelas primarias, a las que asistían 1.300 ó 1.400 niños. En la actualidad, el número de jóvenes que siguen estudios superiores se ha reducido a 60, el de escuelas primarias a 30 y el de niños que asisten a ellas a 350 (Nota de Tocqueville).

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

presupone una colaboración beneficiosa para todos. El europeo se beneficiaría de una mano de obra a la que tendría que pagar un salario decente, mientras que el árabe encontraría un empleo y unos ingresos que completarían sus modestos recursos anteriores:

> No hay gobierno tan sabio, tan benévolo y tan justo, que pueda reunir de repente y unir íntimamente a poblaciones que su historia, su religión, sus leyes y sus costumbres han dividido tan profundamente. Sería peligroso y casi infantil hacernos ilusiones. Incluso sería imprudente, en nuestra opinión, creer que podemos destruir fácilmente y en poco tiempo en el corazón de las poblaciones nativas el odio sordo que la dominación extranjera siempre suscita y mantiene. Así pues, hagamos lo que hagamos, debemos mantenernos fuertes. Esa debe ser siempre nuestra primera regla.
>
> Lo que podemos esperar no es eliminar los sentimientos hostiles que inspira nuestro Gobierno, sino amortiguarlos; no hacer amar nuestro yugo, sino hacerlo parecer cada vez más soportable; no aniquilar la repugnancia que los musulmanes han mostrado siempre por un poder extranjero y cristiano, sino hacerles descubrir que este poder, a pesar de su origen censurable, puede serles útil. Sería imprudente creer que lograremos vincularnos a los nativos mediante una comunidad de ideas y costumbres, pero podemos esperar hacerlo mediante una comunidad de intereses.
>
> Ya estamos viendo cómo se forma este tipo de vínculo en varios lugares. Si nuestras armas han diezmado a ciertas tribus, hay otras a las que nuestro comercio ha enriquecido y fortalecido singularmente, y son conscientes de ello. En todas partes, el precio que los nativos pueden esperar por sus productos y su trabajo se ha incrementado enormemente gracias a nuestra proximidad. Por otra parte, nuestros agricultores están encantados de utilizar mano de obra local. El europeo necesita al árabe para trabajar su tierra; el árabe necesita al europeo para ganar un salario elevado. Así es como el interés reúne naturalmente en un mismo campo, y une necesariamente en un mismo pensamiento a dos hombres cuya educación y orígenes los colocaron tan lejos el uno del otro. Es en esta dirección en la que debemos avanzar, señores, es hacia este objetivo hacia al que debemos esforzarnos (Tocqueville, 1962, pp. 328-329).

18. Una tragedia griega

¡No se puede decir todo en unas pocas páginas! Solamente se puede, y lo hacemos ya, remitir al lector al texto mismo, tan alejado de todas las degradaciones de que ha sido objeto y que deseo, junto con María José Villaverde, denunciar.

Escribí que los informes de 1847 constituyen el testamento político de Tocqueville, pero como a muchos testamentos se le ha añadido un codicilo. Merece la pena (re)leer el discurso de Tocqueville en la Cámara el 9 de julio de 1847, cuando se votó el presupuesto general de Argelia de 1848:

> Afirmo que los ingresos corrientes de las fundaciones para el socorro de los pobres, para el culto y para las escuelas ascienden aproximadamente a 400.000 francos. Afirmo que de estos 400.000 francos más de 200.000 francos han sido desviados de su uso original y han caído en el tesoro de la colonia. ¿Cuál fue el resultado? El resultado fue que la población de Argel, a la que la sola presencia de los franceses ya había contribuido a arruinar, cayó en un estado de miseria imposible de describir por falta de los medios con los que debería haber contado y que sus padres les habían preparado. Asustaría y entristecería a la Cámara si pusiera ante sus ojos el espantoso cuadro de la miseria que presenta este pobre pueblo; los males de todo género que lo abruman, el hambre, la enfermedad, la muerte y la indigencia que se apoderan de él en medio mismo del país que habitaron sus padres. Este es el espectáculo que presenta la población de Argel por falta de la ayuda a la que tiene derecho. En cuanto al culto, volveré a decir con certeza, y sin temor a que se me contradiga, que el culto

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).

> musulmán ha caído, como consecuencia de esta injusta y políticamente injustificada supresión, en un estado de miseria que no sólo nos avergüenza a nosotros, sino a toda la civilización. Sé muy bien que los principales representantes de la religión han recibido sueldos suficientes, pero la religión musulmana, como la cristiana, se compone de un número muy grande de funcionarios diferentes, todos los cuales son necesarios para su culto y sus ceremonias. Ahora bien, digo que, aparte de las personas de rango privilegiado que están a la cabeza de la religión musulmana, la inmensa masa de los imanes y sacerdotes musulmanes se encuentra en un vergonzoso estado de indigencia; que la mayoría de ellos cobra menos de lo que cobraría la mayoría de los porteadores de Argel (Tocqueville, 1962, pp. 421-422).

La historia que une a Francia y Argelia recuerda a una tragedia griega, por la crueldad y la ferocidad de los actos cometidos y, sobre todo, por el modo inexorable en que se desarrollaron los acontecimientos.

Cuando observamos el desarrollo histórico de los acontecimientos y consideramos cuándo y cómo habría sido posible apaciguar la cólera, la injusticia y la crueldad, lamentamos profundamente que, una vez más en su vida, Tocqueville se viera reducido al papel de Casandra. Los textos citados anteriormente muestran claramente que presentó un camino posible que hubiera permitido cambiar el destino de Argelia y poner fin a la masacre. Por lo tanto, debemos comprender que la colonización de Argelia no fue diferente de cualquier otra colonización. Es una colonización en sí misma inaceptable e indefendible. Lo que nos conmueve especialmente es la persistencia de esta tragedia aún hoy en las dos poblaciones que conservan lazos tan especiales.

Bibliografía

Benoît, J. L. (2001a). Tocqueville aurait-il enfin trouvé ses juges ? Ôter son masque au parangon de la vertu démocratique ! *ResPublica*, *27*.

Benoît, J. L. (2001b). Relectures de Tocqueville. *Le Banquet*, *16*.

Benoît, J. L. (2013). *Tocqueville*. Perrin.

Luste, S. (2003). *Sur l'Algérie*. Éditions Flammarion.

Saadi, N. (2004). *The Tocqueville Review,* 25 (2). 111-125.

Tocqueville, A. (1958). *Œuvres Complètes. Tome V. Voyages en Angleterre, Irlande, Suisse et Algerie.* Gallimard.

Tocqueville, A. (1962). *Œuvres Complètes. Tome III, vol. 1. Ecrits et discours politiques.* Gallimard.

Tocqueville, A. (1977a). *Œuvres Complètes. Tome XIII, vol. 1. Correspondance d'Alexis de Tocqueville et de Louis de Kergorlay*. Gallimard.

Tocqueville, A. (1977b). *Œuvres Complètes. Tome XIV. Correspondance familiale*. Gallimard.

Tocqueville, A. (1990). *Œuvres Complètes. Tome III, vol. 3. Ecrits et discours politiques.* Gallimard.

Tocqueville, A. (2007). *Notes sur le Coran et autres textes sur les religions*. Les Éditions Bayard.

Villaverde, M. J. (2022). *Tocqueville y el lado oscuro del liberalismo*. Guillermo Escolar.

Copyright: Este trabajo se publica bajo una Licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 3.0 España (CC BY-ND 3.0 ES).